



Universidad de Navarra

DPO-104
0-407-020

Inma Shara, la dirección armónica

Inma Shara. directora de orquesta. 34 años. Sencilla, discreta y elegante, acude a las distintas reuniones en la sede del IESE en Madrid con objeto de compartir reflexiones sobre su profesión y su vida.

Inma, por favor, comienza hablándome de tu infancia. ¿Qué recuerdos tienes de tus primeros años?

Nací en Amurrio, un pueblecito que está a caballo entre Vizcaya y Álava. Estudié educación básica en un colegio de religiosas, el Virgen Niña. Más tarde, para cursar el bachillerato, me cambié a otro de frailes, los Josefinos de Amurrio. Mi infancia fue maravillosa, tranquila, orientada y serena. No recuerdo nada especial, lo más destacable, el ambiente de paz que me invitaba a acercarme a la música. Estoy muy orgullosa de que mis padres quisieran que tuviera una formación global.

Caso preparado por el Profesor Santiago Álvarez de Mon y María José Sánchez, Profesora de la Universidad Francisco Vitoria, como base de discusión en clase y no como ilustración de la gestión, adecuada o inadecuada, de una situación determinada. Agosto de 2007.

Copyright © 2007, IESE. Para pedir otras copias de este documento, o un documento original para reproducirlo, dirijase a IESE PUBLISHING a través de www.iesep.com, o bien llame al +34 932 534 200, envíe un fax al +34 932 534 343, escriba a IESEP C/ Juan de Alós, 43 - 08034 Barcelona, España, o a iesep@iesep.com.

No está permitida la reproducción total o parcial de este documento, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios.

Última edición: 20/3/09



¿Cuál ha sido tu formación musical?

Empecé con cuatro años. La música era parte del programa del colegio. Cuando me cambié a los Josefinos ingresé en el conservatorio de manera oficial. Al acabar el bachillerato, después de pasar selectividad, me incorporé a tiempo completo, con diecisiete años, en el Conservatorio de Bilbao. Luego pasé al de Vitoria. Durante estos años estudié lo necesario –composición, solfeo, contrapunto, fuga, armonía, filosofía, historia del arte...–, para poder presentarme a la prueba de acceso para cursar dirección de orquesta. Es una formación previa, muy rica, que te da el bagaje necesario para poder interpretar diferentes estéticas. ¡Mozart no tiene nada que ver con Wagner! Son conceptos distintos. Esta etapa duró unos cinco años. Recuerdo que yo quería ir más rápido, pero era imposible. Había materias que era obligatorio aprobar antes de cursar otras. Por fin, con veintitrés años, me vine al Conservatorio de Madrid para estudiar dirección de orquesta durante tres años.

¿Eras buena estudiante?

Cuesta menos estudiar lo que te gusta. A medida que fui madurando en la música, fui descubriendo que cada año que pasa es más maravilloso.

A veces, la pasión la identificamos con espontaneidad, frescura e imaginación, y no tanto con la disciplina cartesiana de la escuela. Me imagino que será una mezcla de ambas.

Es cierto que debe haber un equilibrio. En mi vida, la intensidad aristotélica –el deseo de hacer algo–, ha tenido un papel protagonista. Creo que en la vida no hay nada sin esfuerzo. Nada, nada, nada. Me considero más una persona constante que con talento. La perseverancia ha sido, es y será un pilar fundamental en mi vida. Todavía recuerdo que tenía pequeñas discusiones con mi padre porque me ponía el despertador a las cuatro de la mañana. Nunca me conformaba, no había horarios. Siempre creía que podía hacer más. Es cierto que tiene que haber cierta predisposición natural, pero yo no puedo dirigir la novena sinfonía de Beethoven si no he pasado dos meses de reflexión con ella.

¿Cuándo descubres que la música en ti no es sólo un talento, sino que se puede traducir en una profesión –directora de orquesta–?

No es fácil acotar una fecha determinada. La música es el lenguaje de los sentimientos, el lenguaje del amor. No se presenta, acontece. El descubrimiento forma parte de un proceso de maduración en el que intervienen distintas disciplinas: la pintura, la danza... Para mí, la música es una magia indescriptible que escapa a toda racionalidad. Como te dije antes, a los cuatro años comencé a jugar con la música. A medida que fui buceando entre nota y nota, me di cuenta de que era parte de mi vida, me atrapó. La música sembró en mí y yo luego recogí. La música es como el amor, ¿qué es estar

enamorado? No lo sé, es complicado de definir. El arte te abrumba y te invade, te llega a obsesionar.

Sí que hubo un momento en el que pensé hacia qué especialidad canalizar mi pasión. Tenía muchas opciones, piano, violín... Me visualicé como directora de orquesta. Eso me motivó a convertir mi visión en realidad. ¿Por qué directora y no violinista? Entendí que la orquesta es como la paleta de un pintor. Ofrece todo tipo de posibilidades acústicas, todas las gamas, todas las mezclas. Es el aparato más complejo y yo... ¡podía trabajar ese canal interpretativo! Con catorce o quince años supe que dirigir grandes sinfonías era mi vida. Más tarde me di cuenta de que dirigir una orquesta exige estar más preparado mentalmente que un solista, un violinista o un pianista. Además, para interpretar una partitura hay que saber cómo trabajar con los músicos para conseguir que el producto final sea emocionalmente activo. Nuestro papel es tangible, en tanto en cuanto emocionemos al público.

¿Qué personas han sido importantes en ese proceso de descubrimiento?

En mi infancia fue fundamental el papel de mis padres. Doy gracias a Dios por su ayuda. Ellos no son músicos, pero vieron que la música era parte de mí. Te he dicho que de pequeña jugaba con la música, pero a veces, también me aburría. Creo que en la educación hay que ir de lo particular a lo global. Un niño, como no tiene visión global, se puede frustrar en el camino. En mi caso hubo períodos, en torno a los siete años, en los que no veía el alma de la música. En esos momentos mis padres me insistían, «Inma, tienes que estudiar música». Su labor fue crítica.

También recuerdo especialmente a un profesor en el conservatorio de Bilbao. Él fue quien me inculcó la idea de ser directora de orquesta. Un día me dijo: «Inma, compones de manera exquisita. Tus calificaciones son excelentes. Tienes gran capacidad para interpretar. Puedes dirigir el complejo artístico de una orquesta. Tienes que dedicarte a ser directora de orquesta».

Después de Madrid, ¿cuáles han sido las siguientes etapas en tu carrera?

Solicité becas en base a mi expediente. Tuve la oportunidad de trabajar con grandes maestros. En concreto, estuve con Zubin Mehta¹ en Israel, Munich y Florencia, y con sir Colin Davis en Nueva York. Esta etapa fue importantísima, aprendí mucho. Por desgracia, en mi profesión, la formación académica dista mucho del ejercicio real. Cuando diriges en el conservatorio, tienes a los músicos a tu favor, no hay público, si te equivocas, paras la «máquina» y no pasa nada. En la vida real, cuando estás al frente de una orquesta de manera profesional, las cosas son muy distintas. Hay que establecer una relación psicológica-afectiva con los músicos para obtener lo mejor de ellos. Tienes que conseguir que todo funcione en un tiempo limitado. Eres la responsable final y absoluta del producto. Al acabar, los críticos te esperan. Es una

¹ Véase Anexo 1: Carta de recomendación del maestro Zubin Mehta.